



London al sur.
Escenas de lectura argentina en torno a un autor norteamericano

Agustín Molina y Vedia¹

Recibido: 31/10/2015

Aceptado: 10/02/2016

Resumen

El artículo inicia su recorrido con una revisión crítica de la propuesta de Pierre Bourdieu para el estudio de las relaciones internacionales en materia de cultura. Luego de discutir el carácter problemático de la noción de “malentendido”, analiza dos escenas argentinas de lectura de la obra de Jack London. La primera, relatada por Ernesto Guevara en *Pasajes de la guerra revolucionaria* (1963); la segunda, narrada por Osvaldo Baigorria en *Anarquismo trashumante* (2008). A partir de estos documentos, procura detectar aires de familia entre esos episodios, semejanzas que remiten a un conjunto de asociaciones valorativas compartidas. Finalmente, propone un enfoque alternativo a las teorías de la soberanía –del autor, del texto, del lector– y proyecta el análisis a otras dimensiones de la historia intelectual.

Palabras clave

Literatura estadounidense – recepción – estructura de sentimiento – Jack London – Pierre Bourdieu – literatura argentina.

Abstract

The article opens with a critical review of Pierre Bourdieu’s proposal for the study of international exchanges regarding culture. After discussing the problematic aspects of his notion of “misunderstanding”, it puts forth an analysis of two Argentine episodes concerning the reading of Jack London’s works. The first, narrated by Ernesto Guevara in *Pasajes de la Guerra revolucionaria* (1963); the second, depicted by Osvaldo Baigorria in *Anarquismo trashumante* (2008). Inquiring into these documents, it seeks to identify “family resemblances” between the episodes, similarities that refer to shared value associations. Finally, it proposes an alternative to theories of sovereignty –of the author, the text or the reader–and extends the analysis to other dimensions of intellectual history.

Keywords

American literature – reception – structure of feeling – Jack London – Pierre Bourdieu – Argentine literature.

¹ Licenciado en Sociología en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Actualmente, se desempeña como docente e investigador en esa misma Facultad y realiza estudios de maestría en la Universidad Nacional de San Martín. Es becario doctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas desde 2013. Contacto: agustinmolinayvedia@gmail.com

1. Introducción

En “Dublín al sur” (1979), cuento de Isidoro Blaisten, Esteban Dedales ocupa ocho años de su vida leyendo el *Ulises*, de James Joyce. Un programa de preguntas y respuestas sobre el clásico irlandés le permite hacer de su saber una millonada. Así, Dedales puede cumplir su sueño: abandona a la familia, compuesta por su mujer y una hija tan joven como su afición por Joyce, y se muda a Irlanda, donde adquiere un castillo y dedica sus días a la lectura del maestro. Maestro al que, confiesa, jamás ha llegado a comprender enteramente.

En este breve relato, Blaisten maniobra lúdicamente algunos aspectos fundamentales de los flujos en materia de cultura. En primer lugar, enmarca la narración en un caso de circulación internacional literaria. A su vez, anuda esa circulación a la fantasía, finalmente realizada, de desandar con el cuerpo el trayecto seguido por la obra literaria, en un retorno siempre imposible al origen. Textos y personas componen una red de intercambios imprevisibles, en la que ningún desplazamiento es definitivo. Por último, ubica a la incomprensión en el centro de la relación del lector con la obra, al punto de que la misma opacidad explica la obsesión. De esta manera, desmarca a la emulación de la comprensión sesuda y acabada del texto. Con su imaginación literaria, Blaisten condensa una serie de problemas filosóficos y sociológicos que nos acompañarán a lo largo de la presente indagación.

Para comenzar nuestro recorrido, discutiremos el programa delineado por Pierre Bourdieu para el estudio de la circulación internacional de las ideas, con un énfasis especial en su concepción del “malentendido” como lógica secreta de los intercambios culturales.

Luego de apuntar algunas deficiencias del planteo bourdiano, dedicaremos nuestra atención a dos escenas de lectura argentinas, latinoamericanas, de la obra de Jack London. Para una de ellas, la que involucra a Ernesto “Che” Guevara, contamos con el trabajo precedente de Ricardo Piglia (2003, 2005), que refiere el incidente y arriesga una interpretación de su significado. En el caso de la segunda, que implica a Osvaldo Baigorria, abrevaremos en el contenido expresamente autobiográfico de sus investigaciones recientes. Si bien nos concentraremos en su *Anarquismo trashumante* (2008), que registra el episodio de lectura local de London, apelaremos también a su estudio flamante sobre la deriva norteamericana de Néstor Sánchez (2012).

Explorando la afinidad entre ambas escenas, ilustraremos las limitaciones del programa bourdiano, sentando las bases para una reflexión sobre las implicancias de nuestro análisis, centrado en eventos de circulación literaria para el estudio de las relaciones internacionales en materia de cultura.

2. Problemas de origen

En *Las condiciones sociales de la circulación de las ideas*, Bourdieu se propone “presentar un programa para una ciencia de las relaciones internacionales en materia de cultura” (2003:159). En el trayecto argumentativo del texto, sin embargo, se verifica un desplazamiento desde esta temática amplia hacia el problema, más restringido, de la circulación de ideas. A través de esta reducción, como veremos, Bourdieu circunscribe

implícitamente su campo de estudio, desestimando otros vectores del intercambio cultural entre naciones.

Si las ideas circulan, apunta el sociólogo francés, lo hacen en textos privados de sus contextos, separados de sus campos de producción. A partir de esta constatación inicial, Bourdieu identifica un conjunto de operaciones sociales a través de las cuales los textos extranjeros se inscriben en un campo de recepción diferente del original, dotado de su propia estructura, es decir, de un sistema de posiciones y disposiciones articulado necesariamente con sus propias pugnas constitutivas (Bourdieu 1978; 2008). Distingue, en ese sentido, tres series de operaciones: las de selección, que atañen a las decisiones de lo que será traducido y publicado; las de marcado, cuyo ejemplo fundamental es el prólogo que se añade al texto extranjero; y las de lectura, que ponen en juego categorías de percepción y apreciación distintas a las que rigen en el campo de producción original (Bourdieu 2003: 162).

Por un momento, Bourdieu considera la posibilidad de que en dichas operaciones de transferencia se revelen aspectos inadvertidos de las producciones intelectuales:

La lectura extranjera puede a veces tener una libertad que no tiene la lectura nacional, sometida a efectos de imposición simbólica, de dominación, o, incluso, de coacción. Esto es lo que hace pensar que el juicio del extranjero es un poco como el juicio de la posteridad” (2003: 161).

Sin embargo, se apura a desmentir la validez del razonamiento, afirmando que la autonomía de la obra respecto del campo original de producción es más aparente que real, en tanto solo se conquista al precio de una nueva heteronomía. Minimizando sus aspectos productivos, Bourdieu vincula a los procesos de migración textual como fuente inagotable de aquellos malentendidos que conspiran contra la posibilidad de entablar un diálogo racional entre naciones con condiciones históricas y tradiciones de pensamiento dispares.

El enfoque bourdiano, en definitiva, se sostiene en el postulado de que el sentido de una obra es indisociable de su función, de su significado como intervención de un agente en un campo intelectual estructurado por las luchas que lo definen en un momento y lugar específicos. Al separar los cuerpos textuales de su ámbito primario, los procesos de selección, marcación y lectura implicados en la recepción suponen, generalmente, “una serie de transformaciones, incluso de *deformaciones* del mensaje originario” (Bourdieu 2003: 165. Énfasis añadido).

Vemos hasta qué punto la noción de malentendido descuenta la preeminencia del “sentido originario” de los textos. De hecho, ese sentido adopta una dimensión normativa capaz de establecer afinidades y distancias intelectuales independientemente de las propias concepciones de los agentes:

La aplicación a un producto extranjero de categorías de percepción y de apreciación adquiridas a través de la experiencia en un campo nacional, puede *crear* oposiciones ficticias entre cosas semejantes y falsas semejanzas entre cosas diferentes (Bourdieu 2003: 165.).

En línea con su proyecto científico, abocado a explicitar los mecanismos implícitos del mundo social, a tornar visible lo invisible, el estudio de las relaciones internacionales en materia de cultura se orienta a disolver esos malentendidos para favorecer el diálogo racional entre tradiciones nacionales diversas. Tal conversación, lejos de ocurrir espontáneamente, requiere una elucidación de las reglas que rigen los diferentes campos nacionales, un trabajo de develamiento sobre las distintas operaciones involucradas en los fenómenos de migración textual.

La soberanía no es aquí del texto ni del lector, sino de las condiciones sociales de emergencia. Desde esta perspectiva, las producciones intelectuales permanecen ancladas a un sentido objetivo, otorgado por el campo de producción, que ninguna lectura ulterior, ninguna alteridad cultural o posteridad pueden modificar.

A tono con su reducción de la cultura al plano de las ideas y a su propuesta objetivista, Bourdieu extrae sus ejemplos de la filosofía y la ciencia, dejando de lado las obras literarias. Esta omisión, puede conjeturarse, se debe a que las primeras admiten con mayor facilidad su interpretación como sistemas de ideas pasibles de una lectura correcta, única y definitiva.

La literatura, en la que la polisemia y los derechos del lector son admitidos con mayor facilidad, queda así convenientemente excluida del terreno de la cultura. Los trabajos de “creatividad” o de “imaginación”, a los que progresivamente fue ciñéndose la categoría de literatura (Williams 2009), difícilmente puedan ser reducidos a un conjunto de ideas y postulados. Su circulación implica la de convenciones, géneros, estilos, metáforas, imágenes y, en un aspecto de especial relevancia para nosotros, la de asociaciones afectivas articuladas como “estructuras de sentimiento” (Williams 2011). La recepción y reelaboración local de esos elementos forma una parte ineludible de las relaciones internacionales en materia de cultura. Las obras literarias, sin embargo, son manifiestamente reacias al prisma del malentendido, pues si su lectura entraña formas de selectividad, no opera sobre una totalidad previa y, aunque no excluye procedimientos racionales, excede el modelo de la adecuación entre representación mental y objeto textual.

En las próximas secciones, analizaremos dos escenas de recepción que involucran a la narrativa de Jack London. Como caso extremo, la circulación literaria graficará las limitaciones de la perspectiva bourdiana. No es nuestra intención, empero, reducir estos episodios a la condición de meros ejemplos. Se trata, más allá de ilustrar un posicionamiento teórico, de inaugurar una nueva trama que, lejos de estar subsumida a un argumento central, constituirá el camino principal de la exposición.

3.1 Aventura y revolución

Si por un momento realizamos el ejercicio de observar algunas recepciones locales del concepto bourdiano de “circulación internacional de las ideas”, constatamos la adscripción de varios autores nacionales a la noción de “malentendido” (Dotti, Blanco, Plotkin, Vezzetti y García 2008; Tarcus 2007). Paralelamente, en esos trabajos resuena insistentemente la advertencia contra la ilusión de capturar el sentido original de los textos, contenido supuestamente previo a su circulación y recepción internacionales. Así, queda desestimado el procedimiento normativo que parte de un supuesto texto “verdadero”, dotado de una existencia independiente de toda lectura, para luego

identificar las interpretaciones erradas o incompletas del mismo. Fieles a nuestro proverbial eclecticismo, entonces, varios autores argentinos han adoptado el concepto bourdiano de “malentendido” abrevando, al mismo tiempo, en corrientes filosóficas que cuestionan tanto la soberanía del texto como la del autor.

Esta inflexión argentina pesa también en la invocación recurrente al menardismo, que ilustra la condena a la originalidad de toda recepción, por más pasiva e inocua que se pretenda. Si no existe un original unívoco, tampoco es posible la réplica exacta, la fidelidad perfecta.

Es extremadamente sugerente, dada la difusión de este marco interpretativo, que Ricardo Piglia, en sus trabajos dedicados a Ernesto Guevara, dé un paso hacia atrás en el foco de interés. Del menardismo, retrocede al quijotismo. Dos figuras próximas y, sin embargo, radicalmente diferentes. En este desplazamiento, Piglia cifra un replanteo fundamental del problema de la recepción.

La fuente de inspiración para su pesquisa la encuentra en un fragmento de *Pasajes de la guerra revolucionaria* dedicado al desembarco fallido del Granma. En él, Guevara rememora los pensamientos que tuvo cuando, malherido, pensó que la muerte estaba próxima:

Inmediatamente me puse a pensar en la mejor manera de morir en ese minuto en el que parecía todo perdido. Recordé un viejo cuento de Jack London, donde el protagonista apoyado en el tronco de un árbol se dispone a acabar con dignidad su vida, al saberse condenado a muerte, por congelación, en las zonas heladas de Alaska. Es la única imagen que recuerdo (1967: 84).

En “To Build a Fire”, el cuento de London, Guevara encuentra “un modelo de cómo debe morir”, así como el Quijote “busca en las ficciones que ha leído el modelo de la vida que quiere vivir” (Piglia 2003:15).² El quijotismo se entiende aquí como un modo particular de vincular la lectura y la vida, de reunir y confundir esferas usualmente figuradas como opuestas, cuando no antagónicas.

En este caso, la recepción de una obra extranjera interviene en la constitución de un modelo ético para la propia acción. No estamos ante la decodificación de un conjunto ordenado de ideas, sino frente a un proceso de “educación sentimental” capaz de estructurar el modo en que el mundo y la experiencia son significados. Poco valor tiene, entonces, rastrear malentendidos en busca del sentido “original” de “To Build a Fire”. Lo interesante, en cambio, es anotar cómo Guevara encuentra en una ficción la inspiración para afrontar la muerte, empatando la gesta revolucionaria con el mundo narrativo de la aventura.

Recepción no es aquí únicamente lectura apasionada que cala la práctica, sino también circulación mundial de la literatura, relaciones internacionales en materia de cultura. Antes de convertirse en el guerrillero latinoamericano por antonomasia, Guevara quiere morir como un personaje de la literatura norteamericana.

Si las teorías sociológicas de la recepción deben su campo problemático a la existencia de fronteras efectivas –lingüísticas, políticas, culturales, institucionales, y la lista podría seguir–, su tarea es, en parte, cuestionar la sustantividad aparente de esas barreras. La teoría de la performatividad aplicada a las divisiones nacionales y

² El cuento de London está disponible en: <http://www.jacklondon.net/buildafire.html>

continentales (Mignolo 2007) solo es valiosa si alumbró el carácter provisional y fallido de las segmentaciones del mundo. Las fronteras instituidas son siempre sólidas y porosas, inexpugnables y permeables. En esta escena de lectura, las separaciones que el imaginario político imprime a la geografía se desdibujan, el héroe latinoamericano aparece en un entramado americano más amplio y complejo.

Piglia avanza en esa dirección, aunque sin reparar especialmente en la problemática internacional. Al estudiar la prehistoria de Guevara, su vida antes de convertirse en el “Che”, destaca las similitudes entre el viaje que emprende en 1950 y lo que en esa misma época ensayan los integrantes de la *beat generation*. Como ellos, el joven Guevara aspira a convertirse en escritor recogiendo su material de las experiencias vividas al margen de la sociedad convencional.

Sigue, por lo tanto, un modelo norteamericano de iniciación literaria: extrañarse del mundo, practicar un modo de vida alternativo para luego transmitir el experimento en clave autobiográfica. Este programa, señala Piglia, se advierte en la relación de Guevara con el dinero y el trabajo, en su modo de vestir, en su gusto por los marginales. Lejos todavía de la carrera militar, decide vivir fuera del circuito de producción y se identifica con los vagabundos: “son siempre los linyeras aquellos con los que Guevara encuentra un diálogo más fluido y más personal” (Piglia 2005:118).

Retomando el paralelismo entre Jack Kerouac y Guevara planteado por el escritor argentino, vale agregar la importancia de London como punto de referencia común. Permítasenos recordar que Kerouac eligió su nombre de pila en honor al autor de *The Call of the Wild* y que su obra maestra, *On the Road*, homenajea en su título a la compilación de cuentos *The Road*, en la que London relata sus días como vagabundo en el Estado de California. Con todas sus diferencias, Kerouac y Guevara comparten el rechazo del mundo civilizado, el interés por la escritura que pulsa cerca de la vida, la lectura quijotesca que empuja a la carretera primero, a lo salvaje después.

Más allá de esta adenda al planteo de Piglia, resta añadir un último punto a su constelación. Ernest Hemingway, figura notoria de la literatura norteamericana, convoca lateralmente tanto a London como a la revolución cubana, cuyos primeros momentos – Hemingway se suicidó en 1961– observó con entusiasmo.³ La intersección entre ambas afinidades, su confluencia más potente, requirió sin embargo un rodeo por España y un salto al plano de la ficción.

En la novela *For Whom the Bell Tolls* (1951), publicada en 1940, la acción, enmarcada en la guerra civil española que Hemingway cubrió como cronista, ocurre al interior de un grupo guerrillero republicano que prepara un atentado contra el puente que comunica a las filas franquistas. En su libro sobre Hemingway, Anthony Burgess interpreta el valor simbólico del puente como “el medio por el cual la nueva era de dominio de lo mecánico superará el viejo mundo pastoral de necesidades y lealtades sencillas” (1984: 130). La guerrilla agazapada en un ámbito rural capta la imaginación

³ Como señala Jeanne Campbell Reesman, “hay poca investigación académica sobre la influencia de London en Hemingway, aunque él sea, tal vez, el heredero literario más obvio de London” (2009: 301. Traducción propia). Jorge Luis Borges advirtió la filiación: “La eficacia de London fue la de un diestro periodista que domina el oficio; la de Hemingway la de un hombre de letras que profesa determinadas teorías y las ha discutido largamente, pero ambos se asemejan aunque no conocemos la opinión que el autor de *El viejo y el mar* puede haber pronunciado sobre el autor de *Sea-Wolf* en los cenáculos de Francia. Es verosímil suponer que los vaivenes de la censura marquen ahora la diferencia entre los dos y oscurezcan su afinidad” (1979:10).

como una variante, tal vez inesperada, del motivo literario tradicional del retiro de la vida urbana, que se remonta a los tiempos de Virgilio.⁴

En ocasión del asalto final, un accidente a caballo le ocasiona una fractura fatal a Robert Jordan, protagonista de la novela. Inmediatamente, Jordan comprende que su suerte está echada. Sus compañeros lo abandonan, pues deben seguir su marcha, y él queda malherido, apoyado contra un árbol, confrontado con la muerte. Allí, piensa:

¿Quién te parece que la tiene más fácil? ¿Los religiosos o los que la enfrentan directamente? Los reconforta mucho, pero sabemos que no hay nada que temer. Perdersela es lo único malo. Morir solo es malo cuando demanda demasiado tiempo y duele tanto que te humilla. Ahí es donde reside toda tu suerte, ¿ves? No tenés que lidiar con nada de eso (Hemingway 1951: 498. Traducción propia).

Evitar la humillación, morir con dignidad: la semejanza entre Hemingway y Guevara es asombrosa. En ambos, el mundo de la aventura y el de la guerrilla revolucionaria confluyen en una muerte afrontada con valentía. Tenemos aquí, entonces, una “estructura de sentimiento”, una asociación cargada emotivamente que anuda guerra y aventura. Si el arte se inspira en la contienda armada, la experiencia guerrillera, por su parte, encuentra modelos y esquemas de inteligibilidad en la literatura.⁵ Hemingway sueña con ser un líder guerrillero, Guevara con ser escritor. Ernest y Ernesto: el escritor antiintelectualista y el hombre de acción que no renuncia a la lectura “extrema, fuera de lugar, en circunstancias de extravío, de muerte, o donde acosa la amenaza de una destrucción” (Piglia, 2005:103).

Como resulta palmario, la asociación entre aventura y guerra está ausente en “To Build a Fire”. No obstante, la experiencia en Sierra Maestra no puede comprenderse sin él. La lectura –quijotesca, entusiasmada– de Guevara disuelve el problema de la interpretación correcta del cuento de London y coloca en su lugar la pregunta por la recepción como respuesta práctica a lo que se percibe como un llamado, como una incitación a explorar el universo de la acción.⁶

El juicio del extranjero, como el de la posteridad, pone en evidencia que tal apertura de los textos no es un accidente de la historia intelectual, sino uno de sus aspectos fundamentales. Bourdieu reconoce este hecho, pero aborta su real significado

⁴ Ver, a ese respecto, el clásico trabajo de Leo Marx, *The machine in the garden* (1964). En Kerouac, anticomunista confeso y católico orgulloso, también puede rastrearse esa fascinación por la guerrilla: “prosigo con mi teoría del combate guerrillero basada en las observaciones de la noche anterior cuando se me ocurrió seriamente que si Monsanto, Arthur, Cody, Dave, Ben, Ron Blake y yo fuésemos miembros de una unidad de combate (con cantimploras de alcohol colgadas del cinturón) sería muy difícil que el enemigo nos hiciera daño porque, como amigos, estaríamos vigilándonos y cuidándonos uno al otro muy atenta y celosamente” (2005: 119).

⁵ Beatriz Sarlo analiza un caso similar en *La pasión y la excepción* (2003). En su interpretación del relato de Montoneros sobre el secuestro de Aramburu, Sarlo señala las similitudes con el estilo de la narrativa periodística de Rodolfo Walsh. Esta fuente literaria no influye simplemente en el modo de contar retrospectivamente lo sucedido, sino que inspira la concepción misma del operativo.

⁶ Curiosamente, en “Cómo me hice socialista”, London contrapone su individualismo temprano, basado en la fortaleza del cuerpo juvenil, a su posterior convicción socialista, nacida de la identificación con los débiles (London 2009). En el periplo guevarista, en cambio, el vigor corporal parece más bien la ratificación del compromiso revolucionario.

al refugiarse en el sentido y función originales, con la consecuente preocupación por las “deformaciones” que resultan de la descontextualización.

La palabra “juicio”, por su parte, es un tanto engañosa. De hecho, la escena de la que nos hemos ocupado sugiere que dicha apertura del texto no se refiere simplemente a la multiplicidad de lecturas que admite, sino también a sus variados efectos prácticos. Para Bourdieu, las producciones intelectuales constituyen la materia prima que sufre un conjunto de operaciones. No motivan ni inspiran la práctica.

El paso atrás de Piglia subraya la insuficiencia de una perspectiva centrada únicamente en la cuestión de la comunicación racional. En términos simples: ¿qué hubiera aportado –o importado– a Guevara el conocimiento racional de la posición que London ocupaba en el campo literario norteamericano al momento de publicar “To build a fire”?

3.2 Aventura y transmisión

En *El espacio intelectual en Europa entre los siglos XIX y XXI*, Gisèle Sapiro (2010) distingue dos modalidades a través de las cuales se operan las transferencias intelectuales a escala internacional. La primera, a la que circunscribe su atención Bourdieu, concierne a la circulación de textos y ubica en el centro de la escena a las lógicas de mediación. La otra remite a la circulación de personas, a los viajes, forzados o voluntarios, que favorecen “el intercambio de ideas y la confluencia de tradiciones intelectuales” (Sapiro 2010: 60).

En el caso de Osvaldo Baigorria, estos dos vectores de transferencia cultural se reúnen de un modo particular. El propio Baigorria, en una biografía sobre Néstor Sánchez que se permite extensos desvíos autobiográficos, explica el influjo de la literatura extranjera sobre su derrotero vital, que incluyó largos viajes por Estados Unidos: “luego de haber leído a Kerouac en argentino mi corazón se había llenado de ganas de ir a dedo hasta ese mismísimo lugar y tener todas esas experiencias” (2012: 97). Como en el cuento de Blaisten, el viaje no es una ocasión para el intercambio cultural sino el producto mismo de la circulación internacional de la literatura.

En la década de 1990, ya de regreso a su tierra natal, Baigorria inició una investigación sobre los “crotos”, denominación que recibían quienes, en la primera mitad del siglo XX, llevaban adelante una existencia nómada a través de las vías férreas y los caminos del territorio argentino. El interés inicial estaba vinculado, indubitablemente, a su propia experiencia trashumante en América del Norte.

A poco de comenzada, sin embargo, la pesquisa adoptaría una nueva e impensada dimensión autobiográfica: su padre, Samuel Baigorria, le había ocultado durante casi cincuenta años su pasado como croto en las provincias argentinas. Súbitamente, aparecía un nuevo interrogante, el de la posible relación entre el pasado soterrado del padre y su propio afán migratorio:

Todo mi deambular por el mundo se me antojó una ruptura con el hogar paterno. Nunca –hasta que di los primeros pasos en la investigación que me llevó a escribir este libro– se me había ocurrido que los quince años que pasé con la mochila a la espalda podían ser en parte herencia, continuidad, extensión de un proyecto inconcluso (Baigorria 2008: 11).

La pregunta se desplaza hacia los posibles vehículos de transmisión de la experiencia o, al menos, de la disposición afectiva, canales necesariamente mediados ante la reserva que pesaba sobre las andanzas juveniles de Samuel Baigorria.

Es allí donde ingresa la literatura extranjera y, nuevamente, Jack London. Tenemos noticias de tal intervención por un diálogo de Baigorria con su padre, conocido en sus tiempos de vagabundaje como “El Pibe Materia” porque sus compañeros atribuían jocosamente las supuraciones propias de una otitis crónica a la pérdida de materia gris:

El croto es como alguien que está buscando una estrella –resume El Pibe Materia, sacando los pocillos de café de la mesa–. Y algún día la va a encontrar.

¿Cómo se llama esa estrella? No sabe o no contesta. Simplemente, va a buscar al dormitorio, a su mesita de luz, la novela de Jack London que solía darme a leer cuando yo tenía doce años: *El peregrino de las estrellas*.

–¿Te acordás de este libro? –pregunta. Sí, claro cómo no me voy a acordar: es una suerte de migración del alma por la historia del mundo.

–Cuántos sueños –dice, apoyando las dos manos en el respaldo de una silla– y cuánta realidad (Baigorria 2008: 115).

Estamos, por lo tanto, ante dos series de las que participa el escritor californiano. Por una parte, la literatura de London se inmiscuye en el espacio cotidiano y permite sortear las convenciones sociales restrictivas. En lugar de producir malentendidos, la obra descontextualizada permite justamente que padre e hijo se entiendan, conquistando el secreto que signa su relación. Si el episodio destaca es porque reúne escalas aparentemente dispares: la escena familiar íntima con las relaciones internacionales en materia de cultura.

A su vez, London está presente en la serie de la literatura norteamericana. La novela célebre de Kerouac que determinó el destino inicial de la migración de Baigorria, repetimos, se inspiró en los cuentos autobiográficos del propio London. Como en Guevara, una identificación con los linyeras y los marginales. Como en Guevara, la lectura en tanto práctica iniciática que inspira un viaje igualmente iniciático. Como en Guevara, London al sur.

4. Más allá del principio de soberanía

El ejercicio de cotejar ambos episodios de lectura sería estéril si buscásemos un sentido unívoco en la obra de London. Esto se torna aún más evidente por el hecho de que ni siquiera podemos saber a ciencia cierta si Guevara y Baigorria leyeron los mismos textos de London, ni si lo hicieron en las mismas traducciones al castellano. Sin embargo, los “aires de familia” están allí y los registros de la experiencia y de los efectos de lectura nos permiten inquirirlos.

Más allá de las diferencias indudables, el nomadismo se presenta como nota compartida por ambos relatos, como forma práctica que escenifica un modo común de ligar la lectura y la vida (sin olvidar la escritura). Tanto en la deriva de Baigorria por comunidades de inspiración anarquista en América del Norte, como en los viajes de Guevara –en su etapa de formación, pero también en su gesta revolucionaria– el

movimiento hacia la naturaleza implica una oposición a la vida urbana, tópico generalmente identificado con el romanticismo. En sus ensayos, Piglia rescata un fragmento temprano de las notas de Guevara que deja sentada la presencia de este elemento: “Me doy cuenta de que ha madurado en mí algo que hace tiempo crecía dentro del bullicio ciudadano: el odio a la civilización, la burda imagen de gente moviéndose como locos al compás de ese ruido tremendo” (2005:116).

La presencia de la literatura norteamericana en estas afinidades difícilmente pueda tacharse de casual. Como destacan Gilles Deleuze y Claire Parnet (1997), la centralidad del tópico de la huida, entendida como fuga subjetiva, separa a la literatura estadounidense de la narrativa de la Europa continental. En nuestras escenas, Jack London funciona como el emisario de una tradición estadounidense cuya excepcionalidad en el panorama americano señaló acertadamente Ángel Rama:

A pesar del programa romántico insistentemente proclamado, a pesar de que no hay lugar común más empinado en el pensamiento extranjero que la ‘ubérrima naturaleza americana’, América Latina no contó en el siglo XIX con una escuela literaria de la envergadura del ‘trascendentalismo’ norteamericano que dio *Nature* de Emerson ya en 1836, el *Walden* de Thoreau en 1854 y los libros de viaje de Herman Melville, antes de publicar *Moby Dick* en 1851 (...) Entre los latinoamericanos no hubo en todo el siglo XIX un Thoreau que fuera a vivir en la naturaleza, a proclamar sus glorias y a escribir su *Diario*; los escritores residieron en las ciudades, capitales si era posible, y allí hicieron sus obras, en ese marco urbano, aunque las espolvorearan del color local de moda que exigía “naturaleza” (2004: 112).⁷

No obstante las distancias de London con el trascendentalismo –cuestión que no podemos tratar aquí–, perdura el contrapunto entre la vida civilizada y el vínculo intenso con la naturaleza. Baigorria y Guevara, cuyas andanzas son ciertamente distintas, encuentran en London un modelo de aventura que, para ser emulado, empuja más allá de las fronteras argentinas.⁸

Las diferencias, por su parte, son tan sugerentes como los aires de familia. Si bien el rechazo de la vida citadina constituye un eco indudable de la “estructura de sentimiento romántica”, debemos cuidarnos de las equiparaciones abusivas. Aunque en ambas figuras el retorno a la vida elemental emerge como forma de resguardar la posibilidad misma de una política y una literatura que valgan la pena, el modelo guevarista establece una tensión profunda en el diseño pastoral.⁹

⁷ Tal vez *Allá lejos y hace tiempo*, de Guillermo Enrique Hudson (1958), sea la obra más cercana a esta tradición. Hudson, empero, era de padres norteamericanos y escribió las memorias de su infancia argentina desde Inglaterra. Teniendo en cuenta esta proximidad no debe sorprendernos el interés de Piglia por Hudson, plasmado en su reciente *El camino de Ida* (2013).

⁸ Sabemos que London leyó a Thoreau por su cuento “The Night-Born” (1994), en el que una joven mujer blanca se decide a escapar de un esposo tiránico luego de leer un fragmento de *A Week at Concord and Merrimack Rivers*, y termina viviendo entre los aborígenes. Sugerentemente, London valora la potencia de la literatura thoreauiana para alentar la pasión nómada, la huida de una vida civilizada marcada por la opresión. Disponible en: <http://london.sonoma.edu/Writings/NightBorn/nightborn.html>

⁹ Aunque esa estructura adquirió diversos matices en su derrotero histórico, Raymond Williams la identifica como “la afirmación de la naturaleza contra la industria y de la poesía contra el comercio; el

Lejos de los cantos a la placidez del universo bucólico, Guevara retoma de London la imagen de la naturaleza como un terreno salvaje, propicio para los esfuerzos hercúleos del sujeto decidido y marco adecuado para su muerte. El foquismo guevarista aparece, entonces, como una variante peculiarísima del retiro hacia la naturaleza. Las reformulaciones de la teoría de la revolución incitadas por el éxito cubano, vale recordarlo, no fueron del todo ajenas a la larga contienda entre marxismo y romanticismo, entre imaginarios rurales y urbanos.

Por eso, la huida del mundo reviste caracteres distintivos en su trayectoria. Al tiempo que nace de la voluntad de evadirse del mundo, prepara la irrupción en el mismo y su transformación revolucionaria. Escapismo y compromiso, usualmente presentados como polos opuestos, se complementan en la táctica política de Guevara.

En el caso Baigorria, en cambio, la figura de London se coloca al inicio de un periplo por diversas experiencias comunitarias en el contexto de la contracultura norteamericana, de un abandono del mundo sin perspectivas claras de retorno. El rechazo de la vida civilizada adopta, más allá de las especificidades biográficas, la forma de un retiro en la naturaleza que busca desentenderse de la sociedad antes que transformarla. Si se menciona la muerte, ya no es la del héroe guerrillero sino la del suicidio asistido: “una combinación de sedantes no letales para adormecerse en el bosque nevado de invierno y dejarse morir dulcemente helado” (Baigorria 2012: 149).

Quizás esta última coincidencia, no privada de disonancias, condense perfectamente la proximidad y la distancia entre ambas experiencias. La naturaleza agonal es el escenario perfecto para la gesta guevarista, que combina la disciplina ascética con la subjetividad heroica. La naturaleza liminal, por su parte, es el espacio que puede albergar a una aldea pacífica, contraria y por momentos indiferente a la sociedad convencional.¹⁰

Se abre paso, de esta manera, una multiplicidad que no destituye las afinidades. Tal convivencia es extremadamente sugerente para la teoría literaria. Generalmente, la impugnación de la idea de un sentido unívoco y original de los textos se topa con una variedad del temor a la anarquía: la alarma ante una posible equiparación de todas las interpretaciones que nos arrojaría al infierno del relativismo posmoderno. Tal vez se pueda apaciguar parte de estos temores señalando que si bien todas las lecturas son posibles no todas ocurren efectivamente, pues potencia no es actualidad.

La historia de un texto y de un autor, por lo demás, es siempre la de su trayecto, complejo pero finito, por una multiplicidad de lecturas. En los aires de familia entre las diversas experiencias y efectos de lectura puede rastrearse cierta consistencia del texto y de su autor, un conjunto de potencialidades inscriptas en ellos, pero sólo actualizadas en ejercicios interpretativos concretos. Así, el dilema entre objetivismo y subjetivismo,

aislamiento de la humanidad y la comunidad en la idea de cultura, contra las presiones sociales reales de la época” (2011: 114).

¹⁰ Si bien Baigorria no se ajusta exactamente al tipo ideal del místico, vale la pena recordar las reflexiones de Peter Sloterdijk en *Extrañamiento del mundo*: “Así como el Yo del héroe está absolutamente empeñado en hacerse un nombre mediante hechos y luchas, el místico se encara con la tarea de hallar el estado del postrer combate y la inacción, aquel que confiere la inmersión en el anonimato divino. Por eso encarnan héroes y místicos movimientos de carácter en mutua relación complementaria. Cada uno de ellos representa un extremo de la motilidad humana en profundidad, de modo que los hombres no pueden ser más que emergentes o sumergentes, vinientes al mundo o salientes del mundo” (Sloterdijk 2001: 78-79).

entre sentido original y soberanía del lector, se desplaza hacia la consideración de escenas de intersubjetividad que reúnen a intérpretes y autores.

Esto se inscribe en la propuesta de Martin Jay (1990), retomada por Horacio Tarcus en su estudio sobre la recepción de Marx en la Argentina, de considerar a la serie de lecturas que recaen sobre un texto, por inadecuadas que puedan parecer, como manifestaciones de elementos latentes en el original, irremisiblemente polisémico. De esta manera es posible, como señala Tarcus, renunciar a la pretensión de una lectura “correcta”, sin por eso destituir y negar toda entidad al autor y a su obra (2007: 36-37).

Por su parte, Roger Chartier nota, en su reflexión sobre el papel de las obras de la Ilustración en la Revolución Francesa, que en la nómina de lectores de los “libros filosóficos” se contaban aristócratas y rebeldes por igual. La biblioteca de los conservadores, apunta, no difería radicalmente de la de los revoltosos (Chartier 1995: 111).

Esta comprobación empírica lo lleva a relativizar el poder de los textos, a cuestionar su capacidad para producir efectos en virtud de sus características peculiares:

...lo esencial está por tanto menos en el contenido de los ‘libros filosóficos’, que tal vez no tuvieron el impacto persuasivo que se les atribuye, demasiado generosamente, sino en un modo de lectura inédito que, incluso cuando los textos que se apoderaba estaban totalmente conformes con el orden político y religioso, desarrolló una actitud crítica, desprendida de las dependencias y de las obediencias sobre las que se fundaban las antiguas representaciones (Chartier 1995: 116).

El autor francés soslaya, sin embargo, la posibilidad de que los textos filosóficos hayan producido una serie de efectos en su *encuentro* con modos particulares de leer. Que la obra de Jean-Jacques Rousseau fuera visitada por todos los sectores sociales y políticos no prueba que su contenido resultara inocuo. Descartada la idea del poder unilateral de los textos, resta considerar lo que disponen ante el lector, las interpretaciones, variadas pero no del todo ajenas, que concitan.

De la lógica de la soberanía –atribuida alternativamente al autor, al texto y al lector– pasaríamos a la lógica del encuentro, de la rima, del llamado y la respuesta. No tanto una cadena causal como una serie de afinidades, una forma de comunidad.

Lejanías incontestables separan los años vagabundos de London, la salida al camino de Kerouac, la apuesta improbable de Guevara y el derrotero de Baigorria. Los une, sin embargo, la aventura como rechazo de la vida resignada y la voluntad de dejar un registro de las alternativas. Escenas de lectura y escritura se entrelazan en un itinerario que, aunque misterioso, arroja resplandecientes aires de familia. Extranjería y posteridad son las cifras de esa curiosa comunidad a distancia.

5. Conclusión

En “Tusitala and his Polish Reader”, capítulo de su *No Island is an Island*, Carlo Ginzburg (2000) ensaya la reconstrucción de una compleja red de flujos textuales que implican al cuento *The Bottle Imp*, de Robert Louis Stevenson. Si invocamos el ejercicio es porque la circulación de motivos e ideas que analiza Ginzburg horada los límites que separan a la literatura de la ciencia y la filosofía, a la ficción de la

producción teórica. Así, una metáfora de Balzac se propone como posible fuente de inspiración para el concepto marxiano de “fetichismo de la mercancía”; y la lectura de la obra de Stevenson durante el trabajo de campo, como clave para entender un giro en la investigación de Bronislaw Malinowski en las Islas Trobriand.

Al igual que en las escenas anteriores, los efectos de lectura se resisten a una interpretación orientada por la búsqueda de malentendidos. Malinowski se inspira en Stevenson, las metáforas circulan y son aplicadas a nuevos contextos de modos creativos, pero no por eso deformantes del original.

Tales flujos escapan a la visión acotada de Bourdieu. La instrumentalización inconsciente de autores extranjeros y el juego de apuestas interesadas vinculado al sistema de posiciones del campo –mezquindades del mundo intelectual– merecen ciertamente la mirada crítica y sardónica que les dedica. Sin embargo, las relaciones internacionales en materia de cultura desbordan por completo la pugna entre la *realpolitik* de la razón y sus obstáculos. En las ciencias sociales y en la filosofía, como en la literatura, la circulación de textos compromete dimensiones afectivas y poéticas, modalidades de la comprensión que no penden de la reflexividad racional.

De seguir a pie y juntillas el programa bourdiano, resignaríamos una parte considerable de la historia cultural en favor del proyecto racionalista. Los episodios inquiridos se escogieron para sugerir, contra la pretensión normativa del francés, que el entendimiento objetivista no es la única vía para el intercambio cultural provechoso. A su vez, en tiempos de apogeo del imaginario latinoamericanista, las escenas desprenden una leve insinuación política. Tal vez, murmuran, Nuestra América es más amplia de lo que creemos.

Referencias bibliográficas

- Baigorria, O. (2012), *Sobre Sánchez*. Buenos Aires: Mansalva.
- _____ (2008), *Anarquismo trashumante*. La Plata: Terramar.
- Blaisten, I. (1979), *Dublín al sur*. Buenos Aires: El Cid.
- Borges, J.L (1979), “Prólogo”. En Jack London, *Las muertes concéntricas*. Buenos Aires: Librería La Ciudad, 7-10.
- Bourdieu, P. (1978), “Campo intelectual y proyecto creador”. En M. Barbut, P. Bourdieu, M. Godelier, A.J. Greimas, P. Macherey y J. Pouillon, *Problemas del estructuralismo*. D.F.: Siglo XXI, 135-182.
- _____ (2003), *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- _____ (2008), *Homo academicus*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Burgess, A. (1984), *Hemingway*. Barcelona: Salvat.
- Chartier, R. (1995), *Sociedad y escritura en la Edad Moderna*. México: Instituto Mora.
- Deleuze, G. y C. Parnet (1997), “De la superioridad de la literatura angloamericana”. En *Diálogos*. Barcelona: Pre-Textos, 45-86.
- Dotti, J. E., A. Blanco, M. Plotkin, H. Vezzetti y L. I. García, (2008), “Encuesta sobre el concepto de recepción”. *Políticas de la memoria*, 8/9: 95-109.
- Ginzburg, C. (2000), *No island is an island*. Nueva York: Columbia University Press.
- Guevara, E. (1967), “Pasajes de la guerra revolucionaria”, en *Obras completas. Tomo I*. Buenos Aires: Editorial del Plata, 79-202.
- Hemingway, E. (1951), *For whom the bell tolls*. Nueva York: Bantam.

- Hudson, G. E. (1958), *Allá lejos y hace tiempo*. Buenos Aires: Kraft.
- Jay, M. (1990), “¿Debería la historia intelectual tomar un giro lingüístico?”. En *Socialismo fin-de-siècle*. Buenos Aires: Nueva Visión, 27-49.
- Kerouac, J. (2005), *Big Sur*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- London, J. (1994), “The Night-Born”. *The portable Jack London*, Nueva York: Penguin Books.
- _____ (2009), “Cómo me hice socialista”. *En ruta*. Barcelona: Marbot, 269-274.
- Marx, L. (1964), *The machine in the garden*. Nueva York: Oxford University Press.
- Mignolo, W. (2007), *La idea de América Latina*. Barcelona: Gedisa.
- Piglia, R. (2003), “Ernesto Guevara, el último lector”. *Políticas de la memoria*, 4: 14-32.
- _____ (2005), *El último lector*. Buenos Aires: Anagrama.
- _____ (2013), *El camino de Ida*. Barcelona: Anagrama.
- Rama, Á. (2004), *La ciudad letrada*. Santiago de Chile: Tajarar.
- Reesman, J. C. (2009), *London's racial lives*. Georgia University Press.
- Sapiro, G. (2010/2011), “El espacio intelectual en Europa entre los siglos XIX y XXI”. *Políticas de la memoria*, 10/11/12: 57-65.
- Sarlo, B. (2003), *La pasión y la excepción*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Sloterdijk, P. (2001), *Extrañamiento del mundo*. Valencia: Pre-Textos.
- Tarcus, H. (2007), *Marx en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Williams, R. (2009) *Marxismo y literatura*. Buenos Aires: Las Cuarenta.
- _____ (2011), *El campo y la ciudad*. Buenos Aires: Paidós.